

Preséntote, oh Señora mía, la *milésima doscentésima* ó sea la última imagen, la más preciosa de todas siendo de oro, ciertamente comprada con mucho oro. Traígola del Nuevo Mundo, esto es, de la América Mexicana. Hiciéronla para tí en aquella época los mexicanos, convertidos poco tiempo antes á la fe é instruidos de tu altísima dignidad: ¡tanto vale llegar si quiera á conocerte!

La ciudad de Zacatecas posee este tesoro. En ella el año 1608 estableciöse nuestra Compañía, aun no por entonces en forma de Colegio, sino de la que llamamos Residencia. Los Padres encontraron en esta ciudad á muchos, aunque ya convertidos á la fe, pero todavía no tan fervientes en tu culto ¡oh Virgen! cual ellos deseaban.

Así es que en tu honor erigieron una Asociación, en la cual se inscribió toda la nobleza así española como indiana; y á fin de que participaras de unos mismos honores con tu divino Hijo, los nobles así españoles como indios, dieron á tu congregación el noble título de la Anunciata. La alabanza merecida por esta Asociación tuya ¡oh Virgen! puedes con nosotros medirla por la liberalidad y munificencia de sus asociados, quienes, á más de riquísimas alhajas, compraron una imagen tuya en mil y quinientas onzas de oro, según refieren nuestros anales. Los que dudaren de la existencia de tal cantidad de oro, consulten en los libros el que producen México y el Perú.

A quienes parezca increíble la liberalidad de tales socios hacia la Virgen Madre de Dios, empenñense más y más en amar á esa Madre Santísima y de este modo conseguirán creer, como yo creo, que hay hombres en el mundo que no envidian para sí estas cosas, sino que mayores que yo las desean para la Madre de Dios."

Este documento ha sido copiado de la *Summa Aurea de Laudibus B. V. M.* Tomo XII, pág. 702; y hay desde luego que llamar la atención del lector, acerca del gran valor que representaba la estatua, el cual valor, en el siglo XVII, calculandolo entre la onza de oro y el peso de plata mexicana en la proporción de uno á diez y seis, sería el de ps. 24,360 [veinticuatro mil trescientos sesenta pesos]; y representado en francos, á razón de cinco francos por un peso, el de fr. 120,800 [ciento veinte mil ochocientos francos]. Mas en el siglo XX, después de la depreciación de la plata y conforme á los últimos tipos de cambio, calculando el valor entre el peso de plata mexicano y la antigua onza de diez y seis, en la proporción de uno á cuarenta y tres, resultaría la suma fabulosa de ps. 64,500 [sesenta y cuatro mil quinientos pesos]. ¿Cuál habrá sido el paradero de tan valiosa estatua? Dígalo el que pueda.

### Reseña histórica.

Difícil cosa es ciertamente hablar de los jesuitas, cuyo solo nombre despierta las pasiones, como si tuvieran ellos la singular prerrogativa de no ser susceptibles de amársele ó aborrecérseles á medias, de tal suerte que, sea cual fuere el juicio que se pronuncie acerca de lo que á ellos con-

ciernen, se corre riesgo de aparecer como injustamente depresor ó extremadamente encomiasta haciendo su exagerada apología. La historia, pues, es la única que puede salvarnos de incurrir en uno de esos peligrosos extremos.

La historia de esta Orden religiosa, requiere como preliminar indispensable la de su santo fundador. Nació éste el año 1491 en el Castillo de Loyola, en Guipúzcoa, siendo el último de los once hijos que tuvieron Don Bertrán, señor de Oñez y de Loyola, y Doña Martina Saez de Balde. Se educó en los sentimientos que podía inspirarle el amor al siglo; y su padre, creyéndole útil para la corte, le envió á ella de corta edad y le hizo paje del rey católico Fernando V. El joven Ignacio, que tenía una pasión ardiente por la gloria, muy luego se disgustó de la corte y, siguiendo el ejemplo de sus hermanos, quienes se distinguan en el ejército, quiso abrazar la carrera de las armas. Comunicó su designio al Duque de Nájera, Don Antonio Manrique, su pariente, el cual se dedicó por sí mismo á instruirle en lo necesario para conseguir su objeto, poniéndole á poco tiempo en disposición de entrar al servicio del Príncipe. En efecto, se señaló en su primera campaña en el sitio de Nájera, cuya toma se atribuye á su bravura y á sus conocimientos. Aunque la plaza fué entregada al saqueo, no quiso tomar en él parte alguna, contentándose con haber servido á su rey y juzgando cosa indigna de un corazón honrado aprovecharse de la desgracia del vencido. Por lo demás, enteramente entregado á galanteos y vanidades, seguía todos los caprichos de una vida mundana, en la cual vivió hasta la edad de veintinueve años.

En 1521 tuvo lugar un acontecimiento que debía influir de un modo notable en su cambio de vida. Defendiendo entonces el castillo de Pamplona contra los franceses que le tenían sitiado, una bala de cañón vino á fracturarle ambas piernas. Los Navarro, viendo herido á su jefe, cayeron de ánimo y se rindieron entregándose á discreción; mas los franceses no abusaron de la victoria y transportaron al caudillo al cuartel general, en donde le atendieron con todo esmero, trasladándole después á Loyola tan luego como se hubo restablecido.

No bien llegó á su suelo natal, cuando comenzó á sentir nuevos y más vivos dolores en las heridas, conviniendo los cirujanos que le asistían en que no habiendo sido bien colocados los huesos en su lugar, era necesario romperle y curarle de nuevo una pierna. Condescendió á tan cruel operación, después de la cual aun no quedó la pierna tan perfectamente como él deseaba, pues habiendo creado alguna carnosidad sobre la herida, le impedía ponerse botas ajustadas; y como no quería tener deformidad alguna en su persona, se hizo serrar el hueso; y en cuanto á la otra pierna que le había quedado encogida, sufrió que se la estirasen por algunos días en un aparato de hierro. Durante tan larga curación, nuestro joven, precisado á guardar quietud, pidió algunos libros para distraerse, y entre ellos le dieron una vida de Jesucristo y las de los Santos. Leyólos, y no encontrando en ellos al principio el entretenimiento que deseaba, con todo eso algo se conmovió su corazón, é insensiblemente fué aficionándose á aquella

lectura, á términos de desear imitar á los inmortales héroes cuyos hechos admiraba. Propúsose para ello visitar los Santos Lugares y encerrarse en una Ermita; pero estos sentimientos le duraron poco, combatido por su pasión á la gloria y por el amor que tenía á una señora de la corte de Castilla. Así es que volvió á entregarse á rienda suelta á todos los devaneos y placeres del mundo. Mas llegó al fin un momento en el que, tocado de la gracia divina, principió á desengañarse y decididamente pensó en consagrarse á Dios, emprendiendo la peregrinación á la Tierra Santa con los piés desnudos y revestido de un saco grosero, con el ánimo de ocultarse á su vuelta en una soledad y terminar en ella sus días. Salió de Loyola con este fin dirigiéndose al monasterio de Montserrat, y haciendo en él una confesión pura y sincera de todos sus pecados, se consagró á la Virgen con voto perpetuo de castidad. Desde allí siguió su camino hacia Manresa, en donde resolvió permanecer mientras pasaba una peste que se había desarrollado en Barcelona, y se abriese el puerto para embarcarse en dirección á Jerusalén. Entró en el hospital de Santa Lucía y principió su vida penitente sin ser de nadie conocido. Ayunaba toda la semana á pan y agua excepto los domingos, en que comía hierbas cocidas y mezcladas con un poco de ceniza. Ciñó su cuerpo con una cadena de hierro y se puso un cilicio; tres veces al día se disciplinaba; dormía muy poco, y eso acostándose sobre el suelo. Además del Oficio divino á que asistía todos los días, hacía siete horas de oración; visitaba frecuentemente la Iglesia de Nuestra Señora de Villadordis, distante media legua de Manresa, y en esta peregrinación añadía al cilicio y á la cadena de hierro un cinturón de hierbas punzantes sobre las carnes.

El aislamiento y el retiro fueron al principio el objeto de todas sus prácticas; pero la Providencia le destinaba al ministerio evangélico y le inspiró el deseo de aplicarse á la conversión de las almas. Con este intento moderó sus austeridades y tomó un hábito de paño gordo, modesto y limpio. Habló al pueblo acerca de las cosas celestes, y para hacerse oír mejor solía subirse en una piedra que aún está en el antiguo hospital de Santa Lucía. Algunas personas se conmovían de tal modo con sus discursos, que renunciaban al mundo para abrazar una vida penitente. Las reflexiones que hizo sobre las máximas evangélicas que enseñaba, le indujeron á componer un libro de ejercicios espirituales; composición admirable para apartar las almas del desorden y conducir las por el camino de la perfección. Esta obra fué después aprobada por el Papa Paulo III.

Después de haber pasado diez meses en Manresa, restablecido ya el comercio en Barcelona, se embarcó y llegó en cinco días al puerto de Gaeta, desde donde se dirigió á pie á Roma mendicando su sustento. Quince días estuvo en aquella ciudad, y de allí pasó á Venecia, y embarcándose en la capitanía de la república que iba á la isla de Estépar, en cuarenta y ocho días de navegación llegó al puerto de Tafia el último día de Agosto de 1523, dirigiéndose por tierra á Jerusalén. Su designio era detenerse en Palestina para trabajar en la conversión de los pueblos del Oriente; mas el

provincial de los religiosos franciscanos que tenía facultades de la Santa Sede para admitir ó expulsar á los peregrinos según lo creyera conveniente no se lo permitió, por lo cual hubo de volverse á Europa. En el camino tuvo tiempo de reflexionar, que para convertir las almas eran necesarios muchos conocimientos que á él le faltaban, y conociendo que jamás haría nada con solidez sin el estudio de las letras humanas resolvió volver á Barcelona y aplicarse al estudio. En efecto, á la edad de treinta y tres años principió el estudio de la lengua latina, asistiendo á las cátedras públicas con los muchachos, y en dos años estuvo en estado de dedicarse á la filosofía en la Universidad de Alcalá, la que poco tiempo antes había sido fundada por el Cardenal Jiménez de Cisneros. Le acompañaron tres amigos que se le habían juntado en Barcelona, y luego se le agregó también un joven francés que había sido paje de Don Martín Córdoba, Virrey de Navarra. Los cinco vistieron igualmente un hábito largo de paño gris y un sombrero del mismo color, y se mantenían de limosnas. Luego se dedicaron todos ellos á explicar públicamente la doctrina cristiana, servir á los enfermos en los hospitales y reformar las costumbres de algunos eclesiásticos corrompidos.

La fama de sus virtudes y de sus hechos le atrajo desde entonces algunas persecuciones, prisiones y disgustos, saliendo de todos ellos felizmente; pero que le decidieron á irse á estudiar á la Universidad de Paris, para donde partió solo, llegando allí el día 1º de Febrero de 1528; allí proyectó establecer una compañía de hombres apostólicos que pudieran ayudarle á extender sus doctrinas por las extremidades de la tierra. El primero que se le agregó fué Pedro le Fevre, Saboyano, que estaba en la Universidad; luego Francisco Javier, hidalgo navarro, y más adelante otros cuatro, que fueron: Santiago Lainez de Almazán; Alfonso Salmerón de Toledo; Nicolás Alfonso (por sobrenombre Bobadilla, á causa del lugar de su nacimiento, cerca de Palencia,) y Simón Rodríguez de Azendo, hidalgo portugués.

No obstante que estas seis personas parecían venir de la mano de Dios, y que Ignacio no dudaba de su fidelidad, sin embargo, acordándose de lo que le había pasado antes en España, se persuadió que por muy buena que fuese la voluntad de estos nuevos discípulos, era necesario asegurarlos con ligaduras indisolubles. Así, el día de la Asunción de Nuestra Señora del año 1534, después de haberles advertido su intento, les condujo á la Iglesia de la Abadía de Montmartre, donde Pedro le Fevre, que poco tiempo antes se había hecho clérigo, les dijo misa y les dió la comunión, y los siete en alta voz hicieron en seguida voto de viajar á Jerusalén para ocuparse en la conversión de los infieles de Levante; dejar todo lo que tuviesen del mundo, excepto lo que fuese más indispensable para el viaje, y en caso de que no pudiesen entrar en la Tierra Santa, echarse á los piés del Papa y ofrecerle sus servicios, siguiendo sus mandatos en cuanto quisiere ordenarles.

Todavía se les agregaron otros] cuatro compañeros, y todos juntos

partieron hacia la Tierra Santa; pero como la liga que había hecho el emperador Carlos V con la República Veneciana contra el turco, había roto el comercio de Levante, no pudieron llegar á Jerusalén, y así, detenidos por algún tiempo en Venecia, Ignacio les recordó que estando cerradas las puertas de la Palestina, no debían diferir el cumplimiento de la segunda parte del voto, cual era ofrecer sus servicios al Papa. Acordaron que el fundador, acompañándose de Févre y de Nicolás, iría á Roma para exponer á Su Santidad las intenciones de toda la Compañía y antes de separarse se prescribieron un método de vida uniforme, y las reglas que debían seguir. Dijoles Ignacio que se denominasen de la *Compañía de Jesús*, puesto que se habían unido para combatir las herejías y los vicios bajo la bandera de Jesucristo. El fundador y sus dos compañeros llegaron á Roma á fines del año 1537 y al momento el Papa destinó á le Févre y á Lainez á enseñar la teología en el colegio de la Sapiencia y á Ignacio á la reforma de las costumbres.

El fundador, deseando dar al establecimiento toda la solidez posible, convocó á los compañeros que habían quedado en Italia. Comparecieron en Roma inmediatamente, y de común acuerdo convinieron en erigir su sociedad en religión, y que para ello era necesario obtener la voluntad del Papa, quien no se mostraba muy dispuesto á aprobar nuevos establecimientos; mas como el Pontífice marchaba á Niza, se suspendió por entonces el asunto. Mas entre tanto que volvía S. Santidad, Ignacio y sus compañeros resolvieron en una de sus asambleas añadir á los votos de pobreza y castidad que habían hecho, el de obediencia perpetua á los superiores; y en otra vez convinieron en que de allí para adelante, los que profesasen añadirían á estos tres votos uno expreso de ir á donde quiera que les enviase el Vicario de Jesucristo y trabajar por la salvación de las almas, haciendo los viajes á pie y pidiendo limosna si era necesario. Tuviron algunas conferencias y determinaron que los profesos nada tendrían ni en particular ni en común; pero que en las Universidades podría haber colegios con rentas para la subsistencia de los que allí estudiasen.

No les faltaron en estos momentos algunas contrariedades suscitadas por personas mal intencionadas y dispuestas contra ellos; pero el resultado fué que, vencidas estas, se aumentó la estimación de que ya gozaban para con el pueblo. Ignacio creyó que debía aprovechar esta coyuntura para la ejecución de sus designios, y haciendo un extracto del instituto que él y sus compañeros habían concertado lo presentó al Papa Paulo III. El Pontífice dió á examinar aquel escrito al Maestro del Sacro Palacio, quien después de dos meses lo devolvió á S. Santidad, asegurando que cuanto en él se contenía le parecía digno de elogio, y el Papa mismo, leyéndolo aprobó de viva voz el instituto. Ignacio le pidió que auténticamente lo confirmase; pero aunque el Pontífice se sentía inclinado á ello, no quiso hacerlo sino con el acuerdo de tres Cardenales. Esto no obstante, S. Santidad ridió á Ignacio algunos de sus discípulos para reformar un convento de religiosos que estaba en un completo desorden, y destinó á otros dándoles

empleos no menos honrosos. Uno fué á Brescia para extirpar la herejía que algunos predicantes habían sembrado; otro fué á la isla de Ischia, en las costas de Nápoles, para reconciliar á los principales del país, que se aborrecían de muerte; Févre marchó á Wormse, para asistir á una conferencia que se celebraba entre los católicos y los protestantes, y otros dos pasaron á las Indias, á petición que Juan III, rey de Portugal, hizo de estos nuevos misioneros, cuyos méritos y fama le eran conocidos.

La oposición de los Cardenales al establecimiento de la Orden, fué al pronto muy tenaz y decidida; pero Ignacio, continuando cada vez con más ardor su demanda, redobló sus ruegos á Dios, á quien ofreció tres mil misas en acción de gracias si lograba sus deseos. Las herejías que se multiplicaban en Francia, Alemania, Inglaterra y aún en Italia, dieron motivo á los Cardenales para pensar que la nueva religión sería necesaria á fin de detener su curso, y así el Papa se determinó á confirmar el nuevo instituto por una Bula de 27 de Noviembre de 1540, dando á esta nueva Orden el nombre de «Compañía de Jesús», y concediendo facultades á San Ignacio y á sus compañeros, que fijó en el número de sesenta, para que formasen las constituciones que creyesen á propósito para el régimen de su orden.

Luego que la Santa Sede aprobó la Compañía de Jesús, San Ignacio creyó necesario darle un jefe y convocó en Roma á los compañeros que podían acudir á la elección. Solo se reunieron seis; los demás dieron sus votos por escrito, los cuales recayeron en Ignacio. Tomó, pues, el gobierno de su comunidad, y el Viernes 27 de Abril de 1541, en la Basilica de San Pablo, fuera de los muros de Roma, hicieron todos su profesión solemne, obligándose á guardar pobreza, castidad y obediencia especial al Soberano Pontífice, y á enseñar á los niños la doctrina cristiana.

El nuevo General principió su cargo explicando la doctrina en la Iglesia de Santa María de Strata, ejercicio que continuó por espacio de cuarenta y seis días y por esto, á imitación suya, los superiores de este instituto han explicado siempre por cuarenta días al entrar en el cargo. Dió en seguida algunos reglamentos á la sociedad naciente, la que fué aumentándose con otras varias personas. Le Févre fué á Madrid á establecer allí la Orden, y el Papa destinó dos de estos religiosos á Irlanda, con el carácter de nuncios, para mantener la fé católica en aquellos pueblos que á pesar de los edictos de Enrique VIII, permanecían fieles á la S. Sede. El año 1542 fué cuando se fundó en Coimbra el primer colegio de la Compañía de Jesús, á Instancias de Juan III, rey de Portugal. Este colegio se compuso de veinticinco individuos, y la intención del rey fué mantener en él hasta ciento.

La nueva Orden constaba ya de ochenta religiosos, esparcidos en distintos países, y como este número excedía al señalado en la Bula del Papa, el fundador expuso á S. Santidad la necesidad de aumentar el número. Paulo III, convencido de la utilidad que aquellos hombres proporcionaban al cristianismo, quitó la restricción que había puesto en la primera Bula y permitió á la Orden extenderse sin limitación de personas ni tiempo, confirmando en 15 de Marzo de 1543. El mismo Pontífice le dió aquel año la iglesia

de San Andrés de Phraeta, y los religiosos pusieron en ella los cimientos de su casa profesa, estando el año inmediato en estado de **habitar**se; esta casa ha llegado á ser luego tan grande, que puede formar **cuatro** calles de bastante longitud.

En tanto que el General fundador trabajaba en Roma y preparaba la constitución de su Orden, muchas ciudades de España, Italia, Alemania y los Países Bajos le pedían discípulos y le ofrecían colegios. Alcalá, Valencia, Gandía, Colonia, Lovaina y Padua, fueron las primeras que quisieron tenerlos, y cuyo ejemplo siguieron muy pronto otros diferentes reinos; de modo que esta compañía se extendió en poco tiempo por todos los países católicos, á excepción de Francia, donde no se la recibió al principio, sea porque los herejes principiaban á establecerse en aquel reino y la hacían odiosa, sea porque la guerra que de nuevo se encendió entre Carlos V y Francisco I, no admitiese una sociedad cuyo jefe y principales miembros eran españoles; de modo que lejos de hallar acogida en Francia los que de la compañía estudiaban en París no siendo franceses, tuvieron que salir del reino por un edicto que desterraba á todos los súbditos del emperador.

Otra pequeña contrariedad sufrió por entonces la Orden dentro de sí misma, á causa de haber sido admitido en ella un tal Guillermo Postel, cuya impiedad se dejó conocer muy luego: pero la energía que el fundador desplegó para arrojarle de la sociedad, cimentó más y más su crédito hasta el punto de que el Papa pidió dos de sus teólogos para asistir al Concilio de Trento.

Aunque los jesuitas en esta época tenían ya muchos colegios, no se ocupaban todavía en la instrucción de la juventud, á no ser en el seminario de Goa, donde el P. Nicolás Lencilotti, italiano, había principiado á enseñar á los niños los principios de la lengua latina; pero el año 1546 abrieron escuelas públicas para toda clase de ciencias. El primer colegio donde pusieron en práctica este útil ejercicio, fué el de Gandía, que San Francisco de Borja, duque de Gandía, les fundó antes de entrar en aquella Orden. Deseando que este colegio fuese célebre, obtuvo del Papa y del emperador que se erigiese en Universidad, y que los escolares de ella disfrutasen de todos los privilegios de que gozaban los graduados en Alcalá y en Salamanca.

En esta época la Orden de los jesuitas había ya progresado considerablemente; dividíase en cuatro Provincias, que eran las de Italia, España, Portugal y las Indias. La de España se subdividió en dos el año siguiente, y en tres el de 1554. Sólo en Francia faltaban establecimientos de jesuitas; trece había que habitaban en el colegio de los Lombardos en calidad de pensionistas; pero no se podían llamar miembros de la Orden; mas al fin, el año 1549 el Padre Viola, que era entonces el Superior, viendo que en aquel colegio no podían dedicarse á los ejercicios religiosos, obtuvo del Obispo de Clermont su palacio para alojarles. Pasaron á él, y San Ignacio les mandó hacer los votos según la fórmula que les envió de Roma, pidiendo al Obispo que les recibiese.

Sin embargo, no bien entraron los jesuitas en la casa de Clermont, hallaron numerosos enemigos para su establecimiento, si bien no les fal-

taron algunos partidarios. Fué el principal el Cardenal de Guisa, quien dió á conocer á San Ignacio y sus discípulos con el Rey Enrique III, obteniéndoles las cartas de recepción que hasta entonces se les había negado. Estas fueron expedidas el año 1550, permitiéndoles el rey en virtud de ellas tener un colegio en París y establecerse en todo el reino. El Parlamento rehusó aprobar estas cartas, y nuevamente precisado á ello por el rey, suscitó un acalorado debate en el cual tomó parte el Obispo de París y los doctores de la Facultad de Teología, fuertemente animados contra los jesuitas, quienes observaron en este negocio una conducta en extremo moderada y pacífica, logrando conjurar aquella tempestad y fundar un colegio en Billon, mientras se abría el de París.

Pero no sólo en Francia era hostilizada esta Compañía. Juan Silicer, arzobispo de Toledo, se declaró contra ella alegando que los jesuitas usurpaban los derechos del episcopado con la libertad que se tomaban de administrar los sacramentos en todas partes al amparo de sus privilegios. En su diócesis había sólo un colegio de estos clérigos, cual era el de Alcalá, y les puso entredicho en un día, fulminando sentencias de excomunión contra toda persona que se confesara con ellos, ordenando á los religiosos y párrocos de las diócesis que no permitiesen predicar ni decir misa en sus iglesias á ninguno de la Compañía, prohibiendo aun la confesión á todos los clérigos que bajo su dirección hubieran practicado los ejercicios espirituales. Todo esto era una mera consecuencia de la oposición que ya habían experimentado entre los españoles, desde el año 1548, en que se emplearon diversos medios para desvirtuarles en la opinión del pueblo. Entre otros, el P. Melchor Cano, de la Orden de Santo Domingo y doctor de Salamanca, publicó muchos escritos contra ellos; y el pueblo, que daba gran crédito á las palabras de este doctor, calificó de impostores á los que antes había considerado como hombres enviados por el cielo. También con esto se creía complacer al emperador Carlos V, quien había desterrado del imperio al Padre Bobadilla, por haberse opuesto á la fórmula de fe llamada el *Interim*, que aquel príncipe, por una condescendencia con los herejes de Alemania, había publicado en la dieta de Aupsburgo.

Estas contrariedades podían haber bastado para retraer de su intento á los jesuitas; pero mientras eran combatidos en Francia y en España, prosperaban admirablemente en Italia. Después de la nueva confirmación que el fundador obtuvo de su instituto en 1550, se establecieron colegios y casas en Roma, Loreto, Nápoles, Florencia, Bolonia, Venecia, Perusa, Módena y otras partes, sin contar el establecimiento del Colegio Germánico, que se fundó en 1552, para la educación de los hijos de la nobleza pobre extranjera. Ignacio hizo estatutos particulares para esta casa, y los clérigos de la Compañía de Jesús se encargaron de ella.

Después de tantas gestiones y trabajos para el establecimiento de su Orden, San Ignacio murió en Roma el día 31 de Julio de 1556, á la edad de sesenta y cinco años y á los diez y seis después de la fundación de su Compañía. Antes de su muerte habían pasado á Etiopía, los PP. Núñez, Carnero y Oviedo, el primero en calidad de Patriarca, el segundo como

Obispo de Nicea, y el tercero como Obispo de Hyerópolis los cuales llevaron diez compañeros, para sus misiones. El instituto estaba dividido en doce provincias compuestas de más de cien colegios.

Muerto el primer general transcurrieron dos años sin darle sucesor. La guerra que se encendió entre el Papa Paulo IV y Felipe II rey de España, cerrando las puertas á los españoles, impidió que se reuniese el capítulo general. Los italianos entre tanto, eligieron por vicario general á Lainez; y los españoles por su parte al P. Natal; pero éste cedió á Lainez la superioridad. No sucedió así con Bobadilla, quien como uno de los primeros compañeros de Ignacio, pretendía tomar parte en el gobierno de la Orden; mas reconoció la autoridad de Lainez, á quien aprobó el capítulo general en 1558.

Brillante era el estado de la Compañía por este tiempo. En el año de 1564 tenía ya 130 casas divididas en 18 provincias, y luego se aumentaron otras muchas. Cinco tenían en Roma, y su general se procuró en 1570 el colegio de los penitenciaríos de San Pedro. Después se les han dado los seminarios de los griegos, maronitas, ingleses, escoceses é irlandeses, de modo que en muy pocos años reunieron más de 800 casas, en las que había sobre 15,000 jesuitas.

Las constituciones que el fundador dejó á su comunidad, se dividen en diez partes. Después de la recepción de un individuo en la Orden, debía este hacer un mes de ejercicios espirituales como prueba y una confesión general, después de la cual tomaría el hábito ordinario de la Orden. El noviciado era de dos años, y los novicios debían aprender todos los días algo de memoria, para cultivarla, pero sin estudiar determinada materia. Debían servir á los enfermos por término de un mes en un hospital, y otro mes hacer un viaje en peregrinación y pidiendo limosna; después del noviciado, los jóvenes deberían aplicarse al estudio, siguiendo al mismo tiempo algunas prácticas de piedad, y luego hacer un segundo noviciado de un año, ocupándose durante él en puros ejercicios de vida espiritual, para aprender de ese modo á observar lo que ha de enseñarse á los demás.

El fundador puso en su orden tres grados diferentes; uno de profesos, otro de coadjutores formados, y el tercero de escolares aprobados, además de los novicios. Los profesos son de dos clases; unos de cuatro votos y otros de tres solamente. También son de dos modos los coadjutores, unos espirituales y otros temporales. Los votos de los profesos son solemnes; los de los coadjutores públicos, pero simples, hechos en presencia de los sirvientes, y sin que haya ninguna persona diputada por el general para recibirlos, en vez de que los de los profesos y de los coadjutores formados se hacen en menos de aquel ó de personas por él encargadas. He aquí la fórmula de la profesión en la Orden:

“Yo N., dice el neófito, hago profesión y prometo á Dios Todopoderoso, en presencia de la Santísima Virgen y de toda la corte celestial y de los presentes, y á vos reverendo padre general de la Compañía de Jesús, que representáis el lugar de Dios y á vuestros sucesores, pobreza, castidad y obediencia y conforme á ésta cuidar particularmente de lo respectivo á

la enseñanza de la juventud, según la forma de vivir contenida en las cartas apostólicas de la Compañía de Jesús y en sus constituciones.”—Y de los cuatro votos añaden: “además prometo particular obediencia al Soberano Pontífice en lo perteneciente á las misiones, como se previene por las mismas cartas apostólicas y las constituciones.”—Los coadjutores no dicen “Hago profesión,” sino solamente: “prometo á Dios;” y los coadjutores temporales suprimen lo perteneciente á la instrucción de la juventud.—Los escolares aprobados, quienes sólo hacen los votos simples y no públicos, se ligan á la Compañía, prometiendo vivir en ella y morir en la observancia de los votos de pobreza, castidad y obediencia, y se obligan con voto expreso á recibir el grado que después se crea convenirles. Como estos votos no son más que simples, con el beneplácito del Papa, Ignacio dejó á su Orden el derecho de dispensarlos por justas causas, quedándoles, por tanto, á los escolares la posesión y la propiedad de sus bienes, aunque no puedan gozarlos, y disponer de ellos independientemente de los superiores; uso que ha estado muy recibido en Italia, España y sus colonias, Flandes y otros países, excepto en Francia, donde no han podido nunca disponer de sus bienes mientras viven en comunidad; pero después de salir de ella, les ha sido lícito pedir la distribución de ellos entre sus familias. Los profesos antes de su profesión, y los coadjutores formados antes de pronunciar sus votos, deben mendigar tres días de puerta en puerta, práctica que, á voluntad de los superiores, también observarán los escolares antes de ser aprobados. Aunque los coadjutores no son profesos, no por eso dejan de ser designados para rectores y regentes de los colegios; pueden alguna vez ser elegidos para asistir á la congregación general; pero no tienen voto en la elección de general, y no pueden preceder á los profesos de cuatro votos.

San Ignacio quiso que el general fuese perpetuo y señor absoluto en toda la Compañía, siendo él quien nombrase los provinciales, los superiores de las casas profesas y de pruebas, y los rectores de los colegios; y á fin de conocer quiénes son á propósito para los cargos, los provinciales de toda Europa le habían de escribir una vez cada mes; los rectores, los superiores de las casas y los maestros de novicios, cada tres meses; y los de las Indias siempre que se presentase ocasión en la navegación, dándole cuenta circunstanciada de sus súbditos.

Cada tres años se le enviaban los catálogos de provincia, marcando en ellos la edad de cada religioso, sus facultades, aptitudes, talentos naturales y demás cualidades buenas ó malas. De esta circunstancia, mejor dicho, de este medio se han valido con grandísima ventaja los jesuitas para adquirir un conocimiento pleno de todos los miembros de su Orden; y nosotros poseemos uno de estos catálogos, correspondiente al año 1750, el cual copiaremos íntegro al fin de esta Memoria.

Al general se le designaron, por San Ignacio, cuatro asistentes como sus ministros, pero luego se le añadió el quinto por Francia, siendo los otros correspondientes á Italia, España, Alemania y Portugal, elegidos por la congregación general, como los demás superiores. Además de estos cinco asis-

tentes, debía haber otro á su lado, llamado *admonitor*, elegido del mismo modo que los otros, quien tiene la obligación imprescindible de hacer presente al general todo lo que él ó los asistentes hubieren notado irregular en su gobierno ó en su persona.

Como San Ignacio amaba la pobreza, la recomienda en muchas partes de sus constituciones, no quería que las casas profesas tuvieran renta alguna, pudiéndola solo tener los colegios y las casas de pruebas, prohibía recibir fundaciones de misas perpetuas, ni retribución alguna por las misas, confesiones, predicaciones, visitas de enfermos, por la enseñanza ni otra alguna función de las que la Compañía tiene que ejercer según su instituto.

El hábito de estos religiosos debía ser el mismo que de los demás eclesiásticos, siendo honesto, según el uso del país, sin cosa contraria á la pobreza religiosa. Este hábito consistía en una sotana y manto largo como el de los eclesiásticos, pero sin el alzacuello, porque no lo usaban los eclesiásticos en la época en que aquellos se establecieron.

Los escolares aprobados llevaban también en Francia el ropón largo y en Italia en vez de ésto, una túnica abierta por delante con una vuelta desde el cuello al suelo, y mangas perdidas.

El designio que formó el fundador de convertir al mayor número de hombres que le fuere posible, le hizo pensar en que la Compañía, teniendo que tratar con los herejes y libertinos, éstos harían burla del hábito religioso, y por lo tanto, eso debía evitarse á fin de lograr mejor el éxito. Esta es la razón por qué los jesuitas han adoptado en todos los países el traje que más pudiera simpatizar con el pueblo á quien iban á instruir.

Ultimamente, San Ignacio dejó prescrito en sus reglas todo lo que mira al alojamiento, los alimentos y demás cosas relativas á la vida ordinaria, conforme á las leyes de la modestia y la pobreza, pero sin fijar ninguna clase de autoridad obligatoria.

En la Compañía de Jesús se han distinguido muy grandes ingenios en toda clase de ciencias, y en sus casas estaban reunidos todas las artes y todos los oficios mecánicos.

Las armas de la Compañía son, en campo de azul, en monograma de oro del nombre de Jesús, rodeado de rayos también de oro y con esta divisa: *Ad majorem Dei Gloriam*.

Ha habido asimismo religiosas jesuitas; pero su instituto fué de corta duración.

Hasta aquí la historia del instituto ó de la orden religiosa de los jesuitas. Pudiéramos ocuparnos ahora en describir el papel que han representado en el mundo, lo mucho que han figurado en todas las naciones, y la parte activa que han tomado en una porción de acontecimientos importantes; pero esta tarea, á más de no convenir á la índole del presente trabajo, se presenta para nosotros muy ingrata, porque en este terreno la Orden de los jesuitas ha sido objeto de las más violentas y exageradas impugnaciones, contra ellos se han fulminado los más severos cargos y las más terribles acusaciones, y como por nuestra parte, no podemos apreciar de una manera axacta lo que haya de verdad en estas inculpaciones, no que-

remos incurrir en la ligereza, harto común en estos tiempos, de repetir lo que otros han dicho infamando torpemente á toda una Orden por todos títulos tan respetable, más cuya historia no nos es conocida en sus detalles, contentándonos por esta vez con desvanecer cualquier cargo que, acerca de la supresiva de la Compañía, tratara de hacerme recaer sobre la religión franciscana.

Sin embargo de lo que llevamos manifestado acerca de nuestra incompetencia en este embrolladísimo negocio, no podemos menos de exponer aquellas reflexiones que á todo hombre imparcial sugiere una crítica sana y racional, que es la verdadera antorcha de la historia.

Por más que un considerable número de escritores, alguno que otro de entre ellos muy respetable por sus obras sobre otras materias, afirman que los jesuitas nunca obraron sin un interés propio y para aprovecharse de la influencia que sabían adquirir sobre los príncipes, y nos hablan de las perturbaciones y de los trastornos que en los pueblos excitaban con sus doctrinas; por más que la autoridad irrecusable de algunos de esos mismos escritores incline en el primer momento nuestro ánimo á dar algún ascenso á sus afirmaciones, apenas empezamos á meditar friamente en nuestro deseo de encontrar la verdad, cuando ya el solo buen sentido viene á sugerirnos las preguntas siguientes: ¿En dónde están las pruebas de esos hechos tan atroces de los cuales se acusa á los jesuitas? ¿Cuáles son esas doctrinas tan subversivas que se les atribuyen? Y al buscar entre los acusadores de los jesuitas las respuestas á estas preguntas, no encontramos otras que no sean las mismas declaraciones que las motivan. Preciso es confesar que si los jesuitas son tales cuales algunos nos los pintan, deben de ser para lo malo los hombres más eminentes del universo, porque no hay individuo, ni clase social que haya dado y esté dando todos los días pruebas de una abnegación tan completa, tan absoluta, como los jesuitas. Pero esta misma abnegación nos persuade que de proponerse algo malo, debe una cosa peor que su interés; debe ser cualquiera cosa, menos su interés. El hombre generalmente no renuncia para siempre su voluntad por su solo interés, y el jesuita, desde el primer instante en que viste el ropón, queda tan sujeto á la voluntad de los superiores, y tan completamente apartado de la suya propia, que ya no es dueño de moverse, de dar ni aceptar nada, ni aun de ejercer ministerio alguno sin el consentimiento de los superiores. Estudia lo que los superiores quieren que estudie; enseña lo que le mandan que enseñe; celebra, confiesa, predica y asiste y consuela á los enfermos según la voluntad de los superiores; reside donde le mandan residir; y cuando menos lo piensa, y quizá cuando menos lo desea se ve obligado á obedecer ciegamente la orden de los superiores, que poniendo un pasaporte en sus manos y prescribiéndole al mismo tiempo la manera de hacer su viaje, le señalan el último confin de la tierra como el punto donde su trabajo puede ser de mayor utilidad á los fines que se propone la Compañía de Jesús. Tampoco suelen tener los hombres gran interés en arrostrar los mayores peligros y las más terribles fatigas; solo los jesuitas lo han buscado en esas continuas misiones de la India, de la China, del Japón y del Malabar, y en tantas y tantas otras como nos refiere con-

admiración, no su propia historia, sino la de los pueblos en donde las han establecido. Por último, ¿qué hombre tiene interés en buscar la muerte? A los jesuitas estaba reservado presentarnos este fenómeno, formando en los tres siglos que han transcurrido desde San Ignacio de Loyola hasta nosotros, un catálogo de mártires quizá más numeroso que el de ninguna otra de las demás órdenes religiosas en la serie de siglos que cuentan de existencia. Y si aún después de todo esto quisiera replicarse que los jesuitas observan su perfecta disciplina, arrostran por tantas fatigas y trabajos y exponen tantas veces la vida por el mismo interés que guía al aventurero de las más arriesgadas empresas, preguntáramos nosotros de nuevo: y qué es lo que le queda al jesuita después de tanta sumisión, de tantos trabajos y de tantos peligros? Lo más que de todo esto espera el jesuita es la muerte en su humilde aposento, en donde lo alcanza por lo común en los mejores años de su vida, sin haber disfrutado en lo que ha vivido entre sus hermanos ninguno de los gozos que el mundo ofrece á los que en realidad no trabajan sino por su propio interés.

Hemos hecho estas reflexiones, dictadas solo por la sana razón, para que nuestros lectores comprendan la necesidad de no juzgar á los jesuitas por los consejos vulgares que acerca de ellos han propalado en estos tiempos sus enemigos, y de estudiar su historia con más imparcialidad de lo que suele hacerse comunmente.

Hablando ahora de la ruidosa supresión de esta Orden, comenzaremos por decir que si los príncipes, los políticos y los magistrados que gobernaban en Francia, en Portugal y en España hubieran tenido bastante buen sentido para hacer aquellas reflexiones que Montesquieu expresa en el L. XXIV, capítulos II, III, VI y otros de su obra intitulada: «Espíritu de las leyes» ya se habrían guardado de perseguir y anonadar, entre todas las órdenes religiosas á las que hacía más de dos siglos que había trabajado de más y mejor por la verdadera religión, la verdadera civilización, las verdaderas luces, las buenas costumbres y las buenas letras, entre todos los pueblos de la tierra y particularmente en Francia, en España y en Portugal; de ningún modo habrían pensado en destruir á los jesuitas. He aquí las diversas facetas de esta horrible tempestad según el protestante Sismondi.

«Luis XV, dice, se creía religiosísimo, es decir que tenía grandísimo miedo á los sacerdotes del mismo modo que se lo tenía al diablo, mas no por esto sacaba enteramente el bulto al movimiento filosófico ni al espíritu de duda que dominaba en su siglo, y madama de Pompadour estaba á su lado para persuadirle que la filosofía todo lo dispensaba, así la moral como la fé. Creía ella, y hacía creer al rey, que existía una liga ambiciosa y devota, que considerando amargamente sus escandalosos placeres, le enagenaba el afecto de su pueblo, para consagrarse al delfín; éste entregado enteramente á los jesuitas, en ellos encontraba sus amigos y directores, mirábalos como los defensores de la religión del poder absoluto, y como intrépidos adversarios de aquellos magistrados que no cesaban de desafiar y de inquietar á la autoridad real. Madama de Pompadour recordaba la suma

diligencia con que el partido del delfín había querido expulsarla de Versalles á raíz de los atentados de Damiens; sabía ella muy bien que los jesuitas, de acuerdo con la reina y con sus hijas, con el delfín y la delfina, y con todos aquellos de los señores de la corte que eran celosos de las buenas costumbres, buscaban la ocasión de conducir á Luis á un piadoso arrepentimiento el cual sería la señal de destierro de su concubina. Los jesuitas, que en otras ocasiones habían encontrado para los reyes una moral más mitigada acomodándose á sus inclinaciones, ó querían aparecer más rígidos en sus principios por razón de las denuncias de que habían sido objeto, ó habían encontrado su interés en adherirse más estrechamente á las buenas costumbres; porque en fuerza de su rigorismo se hacían querer más del delfín, con quien esperaban pronto reinar de nuevo en Francia.

«Los jesuitas estaban llamados á vigilar tanto más escrupulosamente sobre aquella moral y aquellos principios que se les atribuían, y que habían sido el objeto de tantas acusaciones, cuanto que su orden se hallaba comprometida en dificultades que les habían suscitado simultáneamente en el mundo por todas partes. Los grandes y favorables resultados que habían obtenido al principio en China, en donde habían fundado una iglesia numerosa manejando hábilmente las creencias y las costumbres del país, más tarde habían atraído sobre aquella misma iglesia una persecución furiosa (1707-1724,) cuando por la envidia de los Dominicanos, que les habían denunciado por medio de controversias intempestivas, hizo que se fijaran en ellos las miradas y el encono del gobierno chino. En América, sus colonias de las misiones y en particular las del Paraguay, habían despertado la envidia de las dos cortes despóticas de Madrid y de Lisboa. Habían logrado dar arraigo á pueblos salvajes, anteriormente errantes y vagabundos en los bosques; habíales enseñado, con los primeros rudimentos religiosos, los primeros actos de la vida civilizada; habíales enseñado á construir pueblos é iglesias, á cultivar los campos y á acumular riquezas. En verdad que no eran para ellos tales riquezas, ya que de ellas disponía la Orden, aunque empleándolas en hacer que los indios viviesen en las mayores comodidades.

Los misioneros habían resuelto aquel problema tan difícil, contra el cual los europeos siempre se han estrellado, y es, el modo de hacer pasar á los hombres de la vida salvaje á la vida civilizada; y cuanto más ha crecido desde entonces nuestra experiencia, tanto más debe aumentar nuestra admiración hacia los resultados obtenidos por los jesuitas en las misiones. Allí no emplearon más que la caridad, el amor y una providencia verdaderamente paternal. Los otros pueblos han querido educar á los salvajes valiéndose de la instrucción, la emulación, el comercio, la industria, y han logrado comunicarles las pasiones de los pueblos civilizados antes que la razón que podía hacerles dóciles, y la noción de gobierno que poder contenerles. En todo el globo, el contacto de la razón inglesa, holandesa ó francesa, con los salvajes, les ha hecho fundirse como se funde la cera junto al fuego ardiente. En las misiones de América, por el contrario, la raza roja rápidamente se multiplicaba bajo la dirección de los jesuitas. Sus indios, se decía entonces, no eran mas que unos niños grandes; sí, pero des